Año XII Cartagena 7 de Noviembre de 1919 Núm. 255

EL DEFENSOR DEL OBRERO

La crisis moral de Europa

Europa está empobrecida, estrampada y, sobre todo desmoralizada.

De la ruina puede levantarse por un esfuerzo supremo de voluntad. Pero ¿existe la voluntad para el esfuerzo?

Los publicistas de todos los países europeos hablan de una ola de pereza, de una ola de vicio, de una ola de disolución general.

«A la era bélica de disciplina coactiva de privaciones, de sacrificios, de sufrimientos físicos y morales, de hipertensión nerviosa por los horrores y los espantos de la guerra, sucede ahora este periodo de desenfreno, de relajación en todos los órdenes de desorganización social, política y económica, de nueva hipertensión por un enfermizo goce de vivir y de agotar la capacidad para el placer sensual, como si la sociedad entera estuviese atacada de una especie de neurastenia colectiva que destruye en su raíz la voluntad del bien y los gérmenes fecundos de vitalidad.

Mientras que ese estado psíquico morboso, la crisis de la producción europea seguirá sin asomos de solución; se prolongará y se agravará. La crisis moral es la peor de todas la crisis, porque mientras no desaparezca ella, es imposible que las demás tengan solución adecuada.

M. Hoower, delegado norteamericano en el Consejo económico interaliado ha apuntado certeramente, como obstáculo principal, la reconstitución de Europa, la desmoralización de las fuerzas productivas, que siguen, sobre todo por parte del elemento obrero, la teoría de la limitación del esfuerzo. Y, por cierto, dicho señor, con tono severo, mitad de predicador y mitad de tutor ha amonestado a los pueblos y gobiernos europeos y les ha amenazado con negarles o acortarles la ración yanqui, si no se portan como buenos chicos, trabajando mucho, siendo sobrios y dejándose de armamentos militares, de revoluciones, de trastornos y algaradas.

Los gobernantes, los hombres de Estado, los publicistas, y entre éstos aun los arreligiosos, se han tornado en moralistas predicadores si no con el ejemplo, cuando menos, con palabras brillantes y fuertes para impresionar a las multitudes. Destácase, entre los gobernantes, el «primer» ministro inglés M. Lloyd George. Su último discurso en el Parlamento ha respondido a la característica tradición británica de exponer crudamente, quizá exageradamente, los puntos negros de una situación que se desea corregir y transformar. Y, realmente, el discurso ha producido el efecto de intimidación deseado, y se espera que también provoque la reacción moralizadora. En el buen sentido práctico de los ingleses se confía para que así ocurra.

Entre los publicitas, elegimos para su citación a Lysis, por proceder éste de las filas del antiguo socialismo y ser el fundador del nuevo partido de la «Democratie nouvelle» y director del diario que lleva ese mismo nombre. Dice Lysis: «A la grave desorganización económica y política que estamos padeciendo, se añade una disolución de costumbres espantable, y de la cual no se puede exagerar, porque evidentemente nos hallamos frente a un régimen que muere, contaminando a la sociedad entera. El mecanismo de esta corrupción aparece claramente privada de una dirección intelectual y moral; la humanidad vuelve poco a poco al estado bestial de las antiguas edades; se había elevado en la civilización y la moralidad, porque había tutores para mantenerla en el recto camino; pero al desaparecer éstos, se retorna gradualmente a las condiciones de animalidad que le son familiares.»

Claro está que nosotros no adoptamos esas frases, porque los católicos tenemos un guía sumerlat en el Vicario de Cristo y la Iglesia; pero es indudable que ellas se aplican exactamente a los pueblos que se separan de Cristo y se abisman en las negaciones divinas.

Pero el escritor preciado, no obstante su ateismo se acoge implícitamente al concepto cristiano de la vida para repudiar, fustigar y execrar la «gran moda» del vestir, o mas bien; del desvestir femenino; de las danzas obscenas, como el tango; del jugar, del despilfarro de las cosas caras, cuanto más caras, mejor para el lucimiento vanidoso; del derroche de dinero, de salud, de fuerzas vitales.

Toda esta inmoralidad desbordada, al decir del publicista nombrado, en las playas francesas, entre nosotros asoma, pero aun es tiempo de cerrarla el paso, como urge hacerlo. Porque si las clases burguesas pierden el sentido de la honestidad, del deber, del deber social, ¿cómo pedir a nadie, y menos a las clases trabajadoras, el espíritu de sacrificio, ni la disciplina, ni el dominio moral de uno mismo que se exigen para la vida normal de la humanidad?

La causa última de la ruina de los pueblos y de las economías nacionales está, según frase de otro escritor, «en la desaparición de las fuerzas morales. Y hacia ese abismo se precipita Europa. La guerra no ha purificado bastante a los pueblos europeos. Ciertamente hay en ésta grandes crímenes, si no, pero poco activos en la obra de moralización indispensable. Y ante el peligro que nos cerca, urgente es que accionemos cada día más vigorosamente.»

Ramón de Olascoaga

¡QUE NIDO!

El día caluroso
ya cayendo, al ocaso caminaba
con paso perezoso,
pues dejar le costaba
aquel taller en que JESUS jugaba.
Tan bello estaba el niño
junto al vacío palomar, sentado
que abriera confiado,
buscando con cariño
ser de sus palomitas rodeado!
La Madre con deleite
el juego contemplaba embebecida...
poniendo en mirada
con materna caricia
su corazón entero en la mirada.
El Niño sonreía
y un beso en sus dedillos escondiendo
hacia la dulce Madre los volvía
y tierna le decía
con amor a su amor correspondiendo.
«De pronto se desprende
del regazo del Niño una paloma...
Él cogerla pretende,
más ella el vuelo toma
la mano hiriéndole que JESUS le tiende.
Acércase la Madre y va besando
las dos manos divinas, preguntando,
y te hizo daño, hijo mío ¿dime donde?
y Él muy bajo responde:
«Aquí, Madre» su pecho señalando.
El Niño estaba triste...
¡Cuántas veces, en horas silenciosas
con quejas amorosas
la llamaba...» porque de mí te fuiste?
Ven a cerrar la herida que me hiciste»
¡Cuantas otras, su Madre lo miraba
y una perla azul
que el azul de sus ojos empañaba...
«¿En que piensas Bien mío?» le decía...
«¡Oh Madre! siempre en ella» respondía.

Una tarde, impregnada
de suaves aromas,
sirviéndole su mano delicada
de concha nacarada,
de beber daba el Niño a sus palomas.
Caía el sol ardiente,
besando con sus últimos destellos
aquella pura frente
y aquellos hombros bellos
de los cuales sus rizos tomaron ellos.
De pronto el Niño hermoso
oyó un débil gemido
con un rotar aéreo tan temeroso...
y humilde y dolorpso
un arrullo a su amor bien conocido.
Volvióse... y qué alegría
iluminó al AMOR enamorado!
¡su paloma volvía
allí a sus pies yacía,
llorando, sin plumas abandonado
Mas... ¡oh... y cuan poco duró
volvía la paloma desde allá
rotas las alas las...
sus hermanas muchas
donde pedernales prisioneras
Allí quedó a sus pies, casi al momento
más con gesto divino y soberano
porque más se atreviera
tendió JESUS la mano...
¡aquella dañada mano que era herida!
La tomó... y estrechándola
en sus brazos al que tan querida,
una vez y otra vez la fué besando...
Luego el pecho rasgando
la mano ensangrentada sobre la herida
y los bordes cubriendo con el ala
y las gotas de sangre recogiendo
fué dichoso a esconderse en el regazo
de su Madre diciendo:
«Juntemos a los dos en un abrazo»
y prosiguió y le dijo:
«Mi propio corazón le doy por nido.

Estudios Sociales

SI, PERO

Este *pero*, ¡cuánto encierra de vano corrosivo que destruye! Una poca honra, ¡hermano cara!, una «dicosa», es aún mas funesto en sus efectos.

¿Queréis conocer a un rubio